

LA PROTESTA

Desde 1897 en la calle
Precio \$ 3

Publicación Anarquista

Nº 8250
Agosto - Septiembre 2010

ASIGNACION UNIVERSAL



La Internacional Esclavizante del Trabajo

Bakunin sostiene: "Por debajo de todos los problemas históricos, nacionales, religiosos y políticos, ha estado siempre el problema económico, el más importante y esencial". Y lo repito con él: todo problema es económico, y todo problema económico es un problema de autoridad, y todo problema de autoridad es un problema con el Estado. Este es el hecho: mientras haya uno que parasite la vida de otro para vivir y multiplicarse va a haber un problema de autoridad, un problema de Estado. Ese poder puede ser de muchas formas y se manifiesta, sobre todo, como estructura policial que vigila y somete al individuo a una forma de sociedad, y al mismo tiempo como mentalidad policiaca que es la que el Estado inculca desde sus estructuras formales y paraestatales: el hospital, la escuela, la universidad, la cárcel, los ministerios, las iglesias y etcétera junto con la televisión, los diarios, la web, la empresa...

Entonces esta guerra que el Estado le declara a sus sometidos toma todas las formas posibles porque la guerra no tiene escrúpulos con los métodos. Ardua tarea la de los anarquistas, que debe reconocer cada una de las luchas donde el Estado se hace presente, junto con la capacidad de elaborar acciones que sean una ética que combata los métodos criminales del Estado.

El Estado comienza dentro de uno con mínimos gestos adoptados, que van haciéndose sin que los percibamos. En la juventud, con el ingreso al mundo laboral, la autoridad del Estado se refuerza en la empresa: se educa, se democratiza, se gelatiniza la sumisión y esta se desliza hacia una nueva forma generalizada en la *masa*, consolidando la **adaptación** como nuevo fenómeno del sometimiento. Cada empleado tiene por lo menos trece años de escuela medidos en su vida, más el bombardeo constante de años y años de medios de comunicación, más mandatos de éxito que debilitan el carácter creador de lo soportable. Cada empleado es una aspirante a burgués independiente, a capataz, a dueño, a *normmarginado*: cada empleado lleva el título de propiedad de su emprendimiento en su bolso de vanidades.

El proletariado, el hijo enterrador, el verdugo y, al mismo tiempo, el sumiso; ninguna de estas profecías que buscaba darle destino a la enajenación del ser por el trabajo fue cierta, salvo la que lo caracterizaba como creador de nuevas cárceles a cada paso que daba en la senda del progreso. Sin embargo queda pendiente algo en relación a la lucha de clases que tiene que ver con el "desclazamiento" de los que se niegan. La clase que se niega a ser como aquella que la explota, que rechaza su moral y actúa en consecuencia. Como el uniforme no puede hacer surgir la humanidad que integre la sociedad libre futura, así tampoco puede surgir del trabajo la lucha que acabe con la explotación. *"Es más bien contra el trabajo que se podrá poner fin a la gestión de la producción"*.

Durante los últimos años del siglo XIX y los primeros del siglo XX, una de las propuestas anarquistas fue impedir la consolidación de la burguesía con el fin de resistir toda nueva forma de explotación y así lograr atacar y destruir al Estado, y proyectar la revolución social sin formar parte de ninguna de las instituciones dominadoras y tampoco formar a sus vez estructuras de dominio. La acción de los anarquistas en el movimiento obrero proponía la liberación total de los trabajadores del yugo del trabajo y como lógica consecuencia de ello se embarcaron en la organización. Uno de los caminos tomados fue el de luchar por menos trabajo y más dinero para los obreros sin aumentar la producción y sin aumentar los precios, acelerando los procesos individuales de tomas de decisión y de posición dentro del conjunto de los explotados para negarse a la inclusión del proceso productivo y poder resistir las funciones represivas y las, ya en vista, funciones integradoras del Estado con el movimiento obrero, incentivando constantemente la puesta en relación de todas las desigualdades, incitando a la rebelión y practicando la gran insurrección toda vez posible, sin dirigir ni integrar la gestión del trabajo o del partido obrero, actuando por una sociedad nueva que no confiara en el progreso como motor de la humanidad, y que planteaba desde el principio una lucha franca y abierta contra el poder. Y viendo en perspectiva lo que habían pensado esos compañeros, se podría decir, tan sencillos y tan sencillamente, recomendar que se trabaje y que se luche por el trabajo, habiendo producido lo que se produjo y existiendo lo que existe, es una inmoralidad, como sostiene el compañero Amanecer Fiorito, y no sólo por la desproporción de lo que es necesario hacer hoy para vivir, sino por el encarcelamiento que es someterse a la estructura del trabajo (ver artículo Molines de 1996, La Protesta Nº 8197) y el ahorcamiento que como movimiento revolucionario significa responder a una lógica sindicalista. Y buscándole proyección a esa intuición de que hay mucho de vida aun en esos espíritus revolucionarios que, entre otras cosas, le imprimieron los motivos más originales al movimiento obrero, una de las preguntas que nos hacemos es si es posible lograr una proyección de este revolucionario modo de pensar y de actuar con el fin de enfrentar la explotación actual, teniendo en cuenta la desaparición de todo lo que pudo sostener esta forma de actuar dentro del mundo del trabajo y teniendo en cuenta que una conquista laboral es un nuevo engranaje del sistema de producción.

La forma de pensar sindicalista "oficial" es consciente de los desequilibrios necesarios en el flujo de capitales internacionales (pautado por los Estados en sus organismos multilaterales), ante los cuales *brinda* a sus trabajadores en condiciones de rentabilidad suficientes para evitar la fuga de patrones a lugares más cómodos. Y, por otro lado, esa misma mentalidad de los sindicalistas telúricos de base que oponen un nacionalismo autogestivo al imperialismo financiero, patinando de gestión obrera a la burguesía en ciernes detrás de todo progreso productivo, oculta el fin de reagrupar y centralizar en el partido a los trabajadores para pelear por el poder del Estado.

Pero el trabajo sigue estando, sigue siendo la piedra angular de toda esta sociedad basada en el autoritarismo.

Seguiremos forcejeando con él, algunos serán integrados, otros una y otra vez verán la manera de forma individual de reivindicar ideológicamente una posición dentro de la máquina del trabajo. Y el tema crucial es que este es un problema social (no en oposición individual) que se transforma, cuando es adoptado por alguna de las partes que pugnan poder con el Estado para integrarlo, en un problema político. Nosotros ya sabemos que todo problema que es apropiado por la política pierde su energía revolucionaria. Debemos romper la delegación, empujar a la acción que hable un idioma completamente distinto al de la negociación. Ya hemos estado en situaciones donde la formación de delegaciones diluye la energía en una participación expectante de los resultados y no en una colectividad por la transformación de las causas. Desde la parálisis que impone la representación, vamos a ver como espectadores el desarrollo y la aplicación de nuevas tecnologías que cambiarán otra vez por completo la visión de la humanidad y provocarán la ampliación del Estado junto con el crecimiento de la eficiencia

sustentable del capitalismo, puesto que es esa autoridad la que los hace esa unidad que impone a la humanidad una visión de las cosas. Nos tiran granadas cegadoras y nos entrenamos con esos resplandores y discutimos sobre los problemas utilizando los términos de suplementos de diarios con propaganda oficial en la contrapata. Pero detrás, o más bien de forma bastante evidente y no somos capaces de verlo, el Estado sigue estando, creciendo, ajustando sus instituciones y deglutiendo cuanta minoría se constituya en reclamo.

Volviendo al trabajo, el mismo se democratizará, se hará más autoritario, todo depende de la eficacia de la *mentalidad sindical*, lo que nos lleva a pensar que es necesario librarse de ella, y por lo tanto comenzar de alguna manera a plantearse los caminos que vamos a recorrer para que la acción revolucionaria ocupe el centro de nuestro ser.

P. T.

Sindicalismo

El sindicalismo en si no ha dado mas que fracasos hasta ahora. Se ha engañado y nos ha mentido. Ni tenía la fuerza para la revolución, como creía, ni el amor a la libertad, como nos dijo. Era excluyente y sin ideales. Partía de la esclavitud para llegar al predominio, ¡no amaba, no amaba!

Mientras fue un modo, no más, de defenderse los obreros de sus amos, un fenómeno social, un brazo de la corriente, estuvo bien; cuando pretendió afirmarse, detenerse, ser la base de un nuevo ciclo histórico, una causa y una sociología, se ha perdido.

Las ideas anarquistas lo atacan y lo balen, no para destruirlo, sino para centrarlo de nuevo, ponerlo en su verdadero pie de una de tantas cosas que sirven a la libertad del hombre; no la única.

Grandeza, he ahí lo que le falta, no en el fin, sino en el medio al sindicalismo; fervor por la causa humana; fe en la liberación total. Quiso ser fuerza, no más, y no supo que donde no hay amor no hay potencia. No hablo ni pensó nunca bien de los haraganes, los artistas y los sabios. Era solo para los trabajadores su paraíso. ¡Y no, no! De ser, tiene que ser para todos, ¡para todos!

No se abren ciclos históricos con ideales más pequeños que aquellos que les son contemporáneos. La cuestión no es obrera, sino humana; el trabajador es el hierro en la montaña, pero en ella hay también mármoles y granitos y otros metales. El ideal grande, el que tiene el porvenir seguro, es el que todo lo abraza, lo ilumina todo y todo lo ama. ¡El comunismo anárquico!

R. González Pacheco
La Antorcha nº 51

No tan distintos (2º parte)

Una derrota política de la Iglesia siempre es una buena noticia. Quita de en medio a un actor que desde su nacimiento ha contribuido a plantear los problemas sociales en términos erróneos para beneficio de los opresores, diluye la necesidad de abroquelar voluntades a la defensiva alrededor de un programa de reivindicaciones tibiamente progresista y ayuda, por ende, a elevar el nivel de las discusiones sobre la sociedad. Una vez descartada la vía medieval que propugnaron los inquisidores locales es más fácil realizar la crítica de las opciones progresistas que se mueven al interior del capitalismo.

En el número anterior realizamos una crítica de algunas consideraciones básicas de los movimientos a favor de los derechos de las minorías. La confusión, demostrada por el devenir de los hechos históricos que desembocaron en las configuraciones normativas que rigen en la actualidad, consistió en considerar que las subjetividades minoritarias eran intrínsecamente revolucionarias. Se suponía que la existencia misma de modelos de subjetividad que diferían del heterosexismo dominante llevaba implícita una recusación global del orden social capitalista. Al percibirse estas subjetividades a sí mismas como si fueran un cuestionamiento radical de hecho de la estructura económica capitalista, en su esquema de expectativas políticas el Estado estaba irremediablemente incapacitado para ceder a sus requerimientos debido a que cualquier concesión en este sentido derivaría en un colapso completo del orden social. Por lo tanto, y este fue el segundo gran error, se creyó que la política de afirmación de la identidad de las minorías tenía un carácter revolucionario que le era inherente.

El capitalismo no posee otra esencia más que la ley de su creciente acumulación. Si es posible se sirve para sus propios fines de los prejuicios atávicos, de las supersticiones inmemoriales, y de las costumbres más arraigadas de una comunidad. En caso contrario destruye todo esto sin detenerse en contemplaciones acerca de su valor cultural. Dentro de unos límites que no ponen en riesgo la adquisición de beneficios, gestiona el odio entre diferentes para aumentar sus *réditos*. Cuando la burguesía advierte que los costos de los conflictos que genera alguna forma residual de opresión (racial, de género, nacional, etc.) son excesivos, entonces se muestra predispuesta a negociar ciertos derechos; siempre y cuando quienes viven bajo su dominio se resignen a no poner las manos sobre los medios de producción. Mientras se le reconozca al capital y al Estado el derecho a la existencia por parte de los movimientos sociales, toda demanda puede ser concedida. Esto no ocurre sin que en ocasiones se establezcan cruentas luchas. La burguesía no otorga nada de buena gana. Sólo la perspectiva de una pérdida la hace recular.

Los análisis recientes sobre la legalización del matrimonio homosexual parecen pecar todavía de los malentendidos que llevaron a las organizaciones de defensa de los derechos de las minorías a la bancarrota ideológica. Así, puede leerse en un periódico de izquierda: "El desafío a la norma heterosexual y su familia modelo, para reivindicar una sexualidad disociada de la reproducción y regida por el 'improductivo' principio del placer, es una disidencia política —sean o no conscientes de ello quienes la ejercen— con el capitalismo. Esto explica la homofobia del régimen social y de los aparatos religiosos, que consideran a la homosexualidad corrosiva para el disciplinamiento moral de las masas" (Prensa Obrera Nº 1134). Cabe hacer algunas puntualizaciones sobre el fragmento. En primer término, debemos insistir en que la homosexualidad no es *per se* un desafío a las

normas del capitalismo. Es fácil desmentirlo ante el panorama actual en el que los gays luchan por el derecho a heredar, a formar una familia, y al pleno acceso a los bienes ofrecidos por el mercado. El capitalismo solucionó fácilmente la supuesta preferencia de los homosexuales por el goce en detrimento de los dictámenes del productivismo. Bastó con que se mercantilizaran los placeres para que la transgéncia volviera a la esfera de la norma.

En segundo lugar, la burguesía tiene con la homofobia, en tanto elemento disciplinador de la moral de las masas, una relación puramente funcional. El capitalismo sólo es homofóbico por conveniencia y no, como podría ser el caso de otros regímenes sociales o la religión, por convicción. Adopta ese mecanismo disciplinador mientras le es útil puesto que se ensambia eficazmente con la prédica religiosa que pervive como un ánima insepulta en el corazón de las masas. Cuando su mantenimiento ocasiona más perjuicios que beneficios, se deshace de él y busca reemplazarlo mediante algún otro dispositivo. Vale la pena recordar lo que ocurrió con la caída de la moral victoriana. Al pudor sobre el cuerpo le sucedió una normativa tácita respecto de las condiciones estéticas que se debían reunir para poder exhibirlo. Los miríngos y corsets que encapsulaban hasta menor vestigio de piel se vieron así sustituidos por máquinas de ejercitación y cirugías rejuvenecedoras que convirtieron al cuerpo en un objeto legítimo de exposición pública.

Tercera cuestión: el artículo desde el título mismo ("De los derechos democráticos a la cooptación") parece distinguir entre dos dimensiones que no son sino parte de un mismo proceso. La lucha por los "derechos democráticos" —al focalizarse sobre el derecho a la propiedad compartida, a heredar, ejercer la paternidad, etc.— es ya en sí misma una "cooptación" por parte del sistema. Necesariamente, al no ponerse en discusión aquello que verdaderamente la burguesía está incapacitada para ceder, este tipo de combate debía confluír en una situación de asimilación política. La izquierda, combatiendo por el derecho a ser conservador, pareciera bascular en el sentido opuesto a sus antecesores históricos que planteaban: "¿No bastará eso [que los medios de producción pasen a ser propiedad común] para que se desarrollen progresivamente unas relaciones sexuales más libres?" (F. Engels, *El origen de la familia...*) Si para Engels el ejercicio de la libertad quedaba supeditado a la toma de posesión de los medios de producción por parte del proletariado, estableciendo entre la cultura y la producción económica un estricto vínculo de suficiencia desmentido históricamente por múltiples factores; para sus descendientes ideológicos contemporáneos el incremento de la libertad se reduce al consumo sin restricciones de los bienes creados para cada segmento social por el mercado.

Finalmente, la reivindicación del placer por sobre la producción en boca de un marxista suena a broma de muy mal gusto. Hay que ser un absoluto ignorante sobre cuestiones históricas como la militarización de los soviets promovida por Trotsky para no considerar que la reivindicación del goce en los labios de un trotskista es de un oportunismo cínico. Sin embargo, no deja de ser más loable esta postura que la etnocéntrica proposición de Marx, que en una carta a Engels veía con buenos ojos la aniquilación de cualquier rastro de diferencia a través de "la demolición de estas formas primitivas estereotipadas, las comunas rurales pueblerinas" cuyo resultado sería la "europeización" de las naciones atrasadas por obra y gracia del desarrollo de las fuerzas productivas impulsado por el capital. Es interesante contrastar estas actitudes marxistas con la sincera vocación por la diversidad de los anarquistas más jóvenes que, en los prolegómenos del estallido popular de 1936, se mostraban preocupados por el futuro de los grupos de afinidad que adherían a modos de vida alternativos al proceso de industrialización que la revolución iba a tener que llevar a cabo: "aquellas Comunas que, refractarias a la industrialización, acuerden otras clases de convivencia, como por ejemplo las naturistas y las desnudistas, tendrán derecho a una administración autónoma, desligada de los compromisos generales" (*Dictámenes del Congreso Confederado de la CNT*, mayo de 1936).

Relativismo y diferencia

La peliaguda cuestión de las minorías es mucho más compleja que el modo en que la plantean las ingenuas consignas sobre la feliz convivencia de las particularidades al interior de un arco iris comunitario. La solución aportada por algunos consiste en volcarse de lleno a un relativismo cultural que por intermedio de un autocuestionamiento de lo que cada uno considera verdadero logra una apertura a la perspectiva social de los otros. Contra la afirmación de una serie de identidades minoritarias que ha terminado por crear ghettos incoherentes que se combaten entre sí, el relativismo aparece como una respuesta en la que, al no poder sostenerse ninguna verdad absoluta, nadie tiene derecho a juzgar las costumbres de los otros. Desde algunos sectores del anarquismo se ha promovido al relativismo puesto que en apariencia coincidía con el carácter de cuestionamiento radical de las verdades establecidas que ha sido el santo y seña del ideario ácrata moderno.

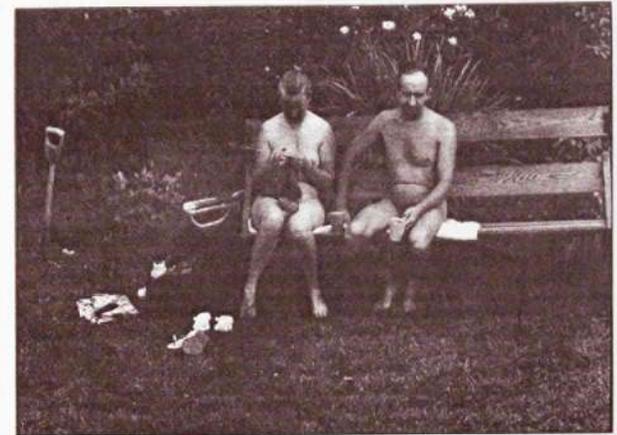
Uno de estos autores encuentra la afinidad del anarquismo y el relativismo radical en el hecho de que ambos rechazan "toda referencia a la Verdad en el sentido fuerte del término" y "toda proposición que pretenda encerrar un valor Universal, es decir, que se presente como suprahistórica y supra-cultural" (Tomás Ibáñez, *Actualidad del anarquismo*). Otro texto en la misma sintonía relativista propone que el anarquismo realice una apertura hacia "lo 'negro', a lo 'gitano', a los mil colores, y aprender decididamente de multitud de distintas experiencias no occidentales alternativas, 'orientales', 'tribales', etc." (Anónimo, "¿Qué es el post-anarquismo?"). Ahora bien, esa apertura a la otredad, ¿debería abarcar también al machismo ancestral de los gitanos, a las supersticiones metafísicas orientales y las prácticas punitivas tribales? Y si todo es relativo, ¿cuál sería el parámetro para condenar la injusticia de un determinado régimen o práctica social?

La cuestión de lo relativo y lo absoluto se planteó tempranamente para el anarquismo. Al poner en cuestión la verdad revelada de la teología y al negarse a reemplazar el sitial del discurso religioso por el científico, se hacía necesario establecer el fundamento de la crítica social. Bakunin resume en una pregunta esas preocupaciones incógnitas del anarquismo:

¿Hay un derecho humano y una moral humana absolutos? En el tiempo que corre y viendo todo lo que pasa y se hace en Europa hoy, está uno forzado a plantearse esta cuestión. Primeramente; ¿existe lo absoluto, y no es todo relativo en este mundo? Respecto de lo absoluto, yo que lo pareo moral en China puede no ser considerado tal en Europa. Desde este punto de vista cada país, cada época no deberían ser juzgados más que desde el punto de vista de las opiniones contemporáneas y

locales, y entonces no habría ni derecho humano universal ni moral humana absoluta (Bakunin, El principio del Estado, 1871).

Bakunin no deja de reconocer el hecho de que no existen verdades universales absolutas y que toda moral es el producto de una creación histórico-social. Pero, a diferencia de los "post-anarquistas", el revolucionario rus intuye que la consecuencia práctica del relativismo radical es idéntica a la de la verdad absoluta: ambas terminan por tolerar a la dominación social. Esto se debe a que desde el punto de vista del relativismo absoluto los argumentos a favor y en contra de la opresión tienen idéntico valor. Si no existe ninguna verdad, entonces es imposible fundar los cimientos ideológicos desde los cuales tomar partido en contra de la dominación presente.



El rechazo al relativismo absoluto por impedir la crítica de la explotación no otorga por sí mismo una certeza desde la cual evaluar las costumbres sociales. Si el acceso a una verdad absoluta universal le está por definición negado a la finitud humana, ¿en dónde encontrar el punto arquimédico de la crítica? Bakunin hallará ese punto de apoyo en la lucha revolucionaria contra la personificación del capital que es el Estado. A partir de ella se puede constituir un "absoluto relativo" cuyos principios sostienen que el hombre es, de entre todos los seres vivos, al mismo tiempo el ser más individualista, el más social, y el más inteligente. Estos principios dan lugar a una "moral absoluta" que no es una novedad histórica plena de la época de las revoluciones decimonónicas, sino que existió "en germen más o menos en todos los sistemas de moral que se han producido en la historia y de los cuales fue en cierto modo como la luz latente, luz que por lo demás no se ha manifestado, con mucha frecuencia, más que por reflejos tan inciertos como imperfectos" (Bakunin, *El principio del Estado*). Hasta el momento ese germen no pudo ser completamente desarrollado debido a que "el defecto principal de los sistemas de moral enseñados en el pasado, es haber sido exclusivamente socialistas o exclusivamente individualistas" (Bakunin, *Idem*).

Es gracias a que cada pueblo posee ya en germen el fundamento de su emancipación capaz de rebelar a una cultura contra sus propios aspectos opresivos que Bakunin, a diferencia de Marx, no imagina que sea necesario aplastar las diferencias mediante el desarrollo del capitalismo para lograr luego la instauración del socialismo. Por el contrario, su respeto a la diversidad se encuentra verificado por la posición de que todo pueblo "tiene el derecho de ser él mismo y nadie ha de imponerle sus costumbres, sus trajes, su idioma, sus opiniones y sus leyes" (Bakunin citado en *El anarquismo de Daniel Guerin*).

En síntesis, Bakunin consideraba que sólo a través del prisma de la revolución social —que viene a resumir lo mejor de las civilizaciones pasadas: su tendencia a constitución de una humanidad— se puede instaurar un absoluto relativo a partir del cual juzgar la historia y las diversas expresiones culturales existentes, ya sean minoritarias o mayoritarias. En tanto la revolución implica una interrupción de todas las certezas establecidas que legitiman a la dominación social, hace posible una contaminación solidaria entre los diversos sectores sociales oprimidos que, en pos de lograr un objetivo transformador, necesitan cuestionar en sí mismos y en los otros todo cuanto signifique un obstáculo para la emancipación. Sólo así se puede conciliar el derecho a la diferencia y la lucha por la igualdad.

Es precisamente la carencia de una perspectiva revolucionaria lo que pone a los relativismos radicales ante la disyuntiva aporética de aceptar o rechazar como a un todo la otredad. Es también la pérdida de esta perspectiva en los movimientos sociales, que han preferido las luchas por los "derechos democráticos" mediante la afirmación de identidades clausuradas sobre sí mismas, lo que ha fomentado la fragmentación social que mantiene en pie al capital. En ese proyecto revolucionario, como manifestaba Malatesta:

el socialismo —y con mayor razón lo diríamos del anarquismo— no puede ser impuesto, sea por razones morales de respeto a la libertad, sea por la imposibilidad de aplicar 'por la fuerza' un régimen de justicia para todos. No lo puede imponer a la mayoría una minoría, y menos aún la mayoría a una o varias minorías. Y es por ello que somos anarquistas, que deseamos que todos tengan la libertad 'efectiva' de vivir como quieran, cosa que no es posible sin expropiar a quienes detentan actualmente la riqueza social y poner los medios de trabajo a disposición de todos (Umanita Nova, 2 de septiembre de 1922).

Al existir bajo el signo de la equivalencia generalizada que instala la ley del valor, la dominación social capitalista hace pasar por diversidad lo que en realidad son sólo múltiples variantes de la misma opresión. La verdadera diferencia es el fruto de una vida libre de las injerencias mercantiles.

R. Izoma

La bruta fuerza del orden

Omitamos la querrela minuciosa sobre aspectos extemporáneos de la representación artística. Dejemos de lado la aparición anacrónica de símbolos (como la A encerrada en un círculo) que surgieron históricamente mucho después, y en un lugar también distante, del predominio del anarquismo como tendencia del movimiento obrero en estas tierras. Hagamos a un costado estas cuestiones que, en relación al objetivo trascendente de la puesta en escena, no pasa por ser más que un agravio menor a la verdad histórica. Demos lugar, entonces, al espectáculo, a sus intenciones originarias y sus posibles efectos.

Los hombres no son los únicos que gustan de replantearse cuestiones vitales en sus aniversarios significativos. Los Estados aprovechan sus onomásticos para hacer un balance de su existencia a través de una mirada retrospectiva que incluye en su seno un proyecto de futuro. El bicentenario argentino no fue la excepción. El Estado nacional se dedicó a celebrar los doscientos años de su natalicio con el fasto propio de quien tira, dentro de sus módicas posibilidades que permiten los tiempos actuales, la casa por la ventana. Sus esfuerzos estuvieron abocados a la creación de un espectáculo del ejercicio de la memoria pensado para exhibir el bestial consenso que rige respecto del carácter indispensable del propio Estado. Los festejos incluyeron fórmulas anquilosadas de veneración de la fuerza oficial (desfiles militares y cívicos) y modalidades de celebración callejera que, dentro de lo que es habitual en la política estatal, tuvieron un carácter innovador (recitales, desfiles artísticos e instalaciones de artes plásticas). En la actualización de un discurso con pretensiones de refundación mítica de la argentinidad hubo acontecimientos para todos los gustos. Desde el psicomenche Fito Páez —la categoría de psicobolche le queda grande a su aburguesado status— secundado por esa parodia de sí mismo que es Juanse, hasta el fascismo campechano del Chaqueño Palavecino, pasando por las Abuelas y Madres de Plaza de Mayo y las obras de anticlericales de León Ferrari. Y, aunque parezca un tanto inverosímil, todos estos fragmentos aportan a la construcción de un relato renovado acerca de las vicisitudes de la vida nacional.

Esta narración para funcionar eficazmente requirió de la corporización de una multitud. Millones en las calles, pero más aun, millones frente a las pantallas. Las masas como espectáculo catódico para las masas. He aquí el motivo por el cual se impuso la difusión de la visión histórica del gobierno nacional por sobre la rémora oligárquica macrista. Su evento estuvo diseñado para el consumo de masas mediáticas. La potencia de la monumentalidad dinámica de las imágenes construidas ad hoc en el desfile gubernamental sirvió durante días de insomnio básico gratuito para las transmisiones televisivas de canales oficialistas y opositores. El espectáculo pergeñado por oficialismo porteño, en cambio, se opacó rápidamente tanto por haber sido pensado de manera privilegiada como una representación para un público presente; como por el hecho de tener por contenido una cultura que —como las propias masas empiezan a sospechar— pesa sobre la burguesía como una herencia agobiante de la cual, si no fuera porque su posesión todavía le reditúa ciertos beneficios en términos de legitimidad política, hace rato ya se hubiera desembarazado.

El acto final de los festejos funcionó como piedra basal de la relectura oficial del pasado. En la refundación de la imaginaria nacional, el despliegue artístico, la obra del grupo *Fuerza Bruta*, hizo las veces de una fuente pletórica de metáforas visuales sobre los tópicos insoslayables de la historia vernácula. El vigor técnico puesto en escena condensó cincuenta años de discusiones historiográficas revisionistas sobre la realidad argentina y debates académicos acerca de las matrices vigentes en la cultura popular. Buena parte del desfile fue una suerte de invocación espiritual a las víctimas ausentes del Estado. En ella, aquellos sobre cuyos cadáveres se cimentó el actual estado de cosas parecen haber accedido finalmente al póstumo reconocimiento de su victimario. Ocuparon un sitio de preferencia el indígena doblemente masacrado en la conquista de América y en los años de la organización nacional, los trabajadores pertenecientes a las distintas corrientes ideológicas presentes en la vida nacional, las luchadoras por los derechos humanos, y el combatiente malvino. El argumento del crisol de razas enmendado para la ocasión rindió tributo a los olvidados de antaño. La moraleja de la obra consiste en que todos ellos deberían darse por satisfechos ahora que el triunfo de la versión progresista de la historia los ha reivindicado.

Los discursos del bicentenario propusieron una narrativa histórica de las hazañas y martirios del pueblo en detrimento de un discurso centrado sobre el heroísmo del prócer y la solvencia de las elites para conducir los destinos políticos del país. Un pueblo que fue mutando pero permaneció idéntico en su esencia en un proceso de evolución cuyo último eslabón era la multitud que presenciaba los festejos del bicentenario. Tal es así que pudo verse fundidos en un solo grito —Argentina, Argentina— a los espectadores y los actores que simulaban ser parte de una manifestación en la que se confundían consignas radicales, socialistas, comunistas, peronistas y anarquistas. Todos manoseados en un mismo lodo de la historia. En este resurgir estético de los vencidos, todas las diferencias ideológicas entre las diversas expresiones políticas y sociales que gozaron de predicamento popular encontraron su tumba. De esta manera, el Estado inflige sobre ellos una doble derrota. No sólo los somete por la violencia cuando se rebelan contra algún aspecto de su dominio, sino que además mancha su memoria al tergiversar los distintos objetivos que cada uno de ellos poseía. El Estado les hurta la voz a los hombres que protagonizaron las luchas sociales y habla en su lugar. Un acto de ventriloquía que consigue el milagro de hacer confluir a los más disímiles discursos en la celebración de la existencia del Estado bajo su forma actual.

La apuesta magna de la conmemoración fue la instauración de un simbolismo moderno que representara una razón de Estado incluyente. Al proponerse enmendar las falencias del centenario oligárquico mediante la participación de los festejos de las colectividades extranjeras, el uso de modalidades populares de entretenimiento y la coacción de los múltiples actores sociales que jalonaron los acontecimientos vitales de la nación, la facción progresista de la burguesía aspira a la posibilidad de fraguar en una sola entidad Estado, nación y pueblo. Todo suma, todo vale para lograr este objetivo. Entonces, la nación puede ser representada como una especie de ángel celeste y blanco que desciende desde la diestra del Señor para situarse, al

ritmo de cumbia, codo a codo junto al común de los mortales. Una muestra del arte puesto al servicio de una movilización afectiva que fusionó al imaginario patriótico escolar con el sedimento de pasión arcaica provisto por la religión, todo esto formatado por una estricta lógica mediática.

La Argentina, desde punto de vista, es percibida como una maquinaria con una infinita capacidad de asimilación de las demandas políticas, la variedad étnica y la contestación social. Si la operación para insuflar la euforia colectiva resultó en alguna medida exitosa se debe no sólo a que el gobierno se vio beneficiado por una coyuntura de relativo crecimiento económico que amortiguó sus antagonismos sociales, sino también a que la festividad hizo propio el sueño social de la instauración de un reino de la concordia capaz de imponerse por encima de las inculcables contradicciones sociales sin necesidad de abolirlas. Una fantasía que ha sido disipada en numerosas ocasiones por los alaridos de quienes se niegan a aportar su consentimiento a la organización del sometimiento; pero que, en tanto no logremos hacer crecer la audibilidad de ese silencio de los que en todo tiempo han sido asfixiados por los discursos del orden, seguirá gozando de la capacidad de reconstituir su espesor ante cada dificultad.

R. Izoma

Un cabezazo a metrópolis y metropolitanos

Sé de fútbol, también de algunas otras cosas, las veo bien. Discursos, escritos, omisiones y borrados incluidos, completos. Miro bien. Sé de lo interminable del conocimiento, del conocimiento oficial también, de mi perezoza ignorancia que provoca frecuentes originalidades, elemento poco frecuente en el mercado, como en extinción. Sé de "la inocencia casi dogmática" de la que hablaba en una nota del número anterior. Se me adelantó, pero ahí está, soy su sombra... la llevo adelante.

El Mundial del '94 ganado por Brasil, el del '98 por Francia, entre las nuevas figuras del fútbol la de Zinedine "Zizou" Zidane, el Mundial del 2002 y el de éstos días, el del 2006. Desde su aparición hasta hoy, Zidane es considerado entre los dos o tres mejores jugadores del mundo. Juega en el Real Madrid de España, va al Mundial por Francia. Anuncia que al término del Mundial se retira del fútbol.

Comienza el torneo, en el desarrollo Francia e Italia se van mostrando como posibles ganadores y llegan a la final. Durante el partido Francia se muestra muy superior y "Zizou" Zidane se afirma en la consideración general como el mejor jugador del campeonato. Durante el partido los italianos quieren amedrentarlo, insignifican los golpes, le hablan. Paran el partido por una situación que el referi Elizondo no había visto: Zidane se vuelve unos metros y le pega un cabezazo en el pecho al italiano Marco Materazzi, éste cae, no necesitó de la simulación, la escena la vio un lineman, le avisó al referi. La recurrencia a una cámara ("cámara oculta") habilitada reglamentariamente y la confirmación. Elizondo llama a Zidane para decirle lo que vio, no lo deja terminar: "Así fue" dice éste, "No se haga problemas" y se va del campo de juego.

Termina el partido. Ganan los italianos, incidido el resultado por la expulsión de Zidane, y lo van a buscar para que vuelva a saludar. Se niega, pide disculpas —"si fuera —agrega— le pegaría a dos italianos mas"—.

Deshecha gloria y dinerillos por irascible y falto de sentido común... ¿este "Zizou"?

Se ignora qué se le pudo haber dicho para tal reacción, no quiere hablar, no entra en detalle, solo dice que se lo insultó. Luego se sabe por otros jugadores y por lectura de labios registrados por la cámara, que lo provocaron insultando a la madre, a la hermana, tratándolo de terrorista por ser de origen argelino.

La prensa, los medios, van a preguntarle a su madre que está internada en un hospital, qué piensa del incidente y de la reacción de su hijo, a lo que responde que tendría que haberle traído los testículos de los italianos en un plato.

Terminado el torneo, ganado por los italianos, no se puede evitar designarlo a Zidane como el mejor jugador de fútbol del campeonato.

Algunos comentarios "locales": Julio Grondona, mafioso, adherente a todos los poderes de turno, presidente de la A.F.A. desde la dictadura militar —"No se le puede dar un premio a quien tuvo tal actitud"—.

Carlos Salvador Bilardo preguntado sobre la provocación de los italianos respondió: —"Todo es válido"—. Cabe recordar que este personaje jugando para Estudiantes de La Plata contra Independiente por el campeonato de América en la década del sesenta, provocaba a Raúl Bernao (jugador de Independiente) recordándole el hecho desgraciado de haber matado a un amigo en una incursión de caza, cuando se le escapó un tiro.

Diego Maradona: ("Dalma, Yanina son mis ojos, es lo que más quiero", "Doy la vida por mi vieja"). En un programa de televisión decía: —"Para mí no se justifica bajo ningún punto, perjudicó a los compañeros, Makelele me lo comentó..." "En una final del mundo no hay cosa que te puedan decir que te haga reaccionar así, hay que aguantar todo..." "Quedó como un héroe y (el partido) tenía que terminar de otra manera"—.

Tres ejemplos, una pequeña muestra (formas) de cachivaches y canallas.

Zinedine "Zizou" Zidane... Francoargelino... un cabezazo universal.

Amener Fiorito



Heberto Padilla

Debate se plantean las democracias que no pueden quitarse de encima la genealogía de todo gobierno que las emparenta con la dictadura (la ingeniería del dominio), cuando se encuentran ante los calabozos y las fosas abiertas de la memoria que las constituye. Políticos e intelectuales amigos de los Castro estarán ya pensando como encabezarán sus discursos para poder ventilar el hedor de la apertura cubana en ciernes.

Ya estarán diseñando los debates que ahogarán a los pasados-pisados por el Estado cubano, mientras el mercado lo redime con las novedades de gestión que resulten de la mezcla de la original conciencia de clase de la sociedad cubana y las oportunidades de la propiedad privada. Negocios, negocios de transición. Los exiliados serán mezclados con los reencuentros y las oportunidades políticas. Los intelectuales no tendrán que explicar como hicieron para que todo exiliado cubano sea considerado un traidor y un muñeco de la CIA. No tendrán que hacerse cargo de la posibilidad del genocidio instantáneo de millones de personas que significaban las armas nucleares rusas instaladas en la isla castrista. Estrategia política de una época, debatirán. Guerra fría. Debatirán sobre literatura, isla rica en artistas la Cuba de siempre, y buenos. Si, Heberto Padilla es "memoria literaria" dirán. Deber, compromiso, serán palabras a obviar, se preferirá decir dilema, heridas, conjunto. El viejo discurso condenatorio de los comandantes se irá borrando. Intelectuales.

Luego de haber participado activamente del proceso político de Cuba, y en cargos de relevancia, a Heberto Padilla lo premiaron en el 68 por su obra poética, pero fue calificado y condenado como contrarrevolucionario por la Comisión Directiva de la Unión de Escritores y Artistas de Cuba, y el gobierno de Fidel Castro. En el 71 fue detenido junto con su compañera. Lo acusaban de acciones subversivas contra la revolución cubana. Fue preso y al salir, hizo una declaración renegando de su propia obra. ¿Qué pasó en prisión?

No se lo van a preguntar los intelectuales, porque es una pregunta que se amplificaría sobre el cuerpo de todos los miles de presos políticos y presos sociales de la isla. ¿Qué pasó en prisión? Mirando a esas figuras que sobreviven en el gobierno, es posible darse una idea de lo que fueron asesinando en el camino, y de qué modo.

Padilla murió en Estados Unidos en el 2000, exiliado, sin haber podido recuperarse nunca del espanto, la tristeza, el silencio y el oprobio.

Los versos por los que fue condenado:

Cantan los nuevos Césares

Nosotros seguimos construyendo el Imperio.

Es difícil construir un imperio

Cuando se anhela toda la inocencia del mundo.

Pero da gusto construirlo

con esta lealtad

y esta unidad política

con que lo estamos construyendo nosotros.

Hemos abierto casas para los dictadores

y para sus ministros,

avenidas

para llenarlas de fanfarrias

en la noche de las celebraciones,

establos para las bestias de carga, y promulgamos

leyes más espontáneas

que verdugos,

y ya hasta nos conmueve ese sonido

que hace la campanilla de la puerta donde vino a instalarse

el prestamista.

Todavía lo estamos construyendo.

Con todas las de la ley.

Con su obispo y su puta y por supuesto muchos policías.

Los alquimistas

Cuando la magia estaba en bancarrota, en esos días que se parecen tanto a la dimisión de los cuervos

(ya sin augurios la piedra filosofal)

ellos cogieron una idea,

una formulación rabiosa de la vida,

y la hicieron girar

como a la bola del astrólogo;

miles de manos desolladas

haciéndola girar

como una puta vuelta a violar entre los hombres,

pero ya de la idea solo quedaba su enemigo.



Instrucciones para ingresar en una nueva sociedad

Lo primero: optimista.

Lo segundo: atildado, comedido, obediente.

(Haber pasado todas las pruebas deportivas)

Y finalmente andar

como lo hace cada miembro:

un paso al frente, y

dos o tres atrás;

pero siempre aplaudiendo.

Dicen los nuevos bardos

No lo olvides, poeta.

En cualquier sitio y época

En que hagas o en que sufras la Historia,

Siempre estará acechándote algún poema peligroso.



Confusiones sobre Sindicalismo

Algo más que términos...

Nos encontramos permanentemente frente a identificaciones impropias que se han acumulado durante años, trayendo el presupuesto inherente a la subjetividad ideológica de quienes las plantean o difunden.

Por eso, es necesario reabrir el tema, para colocar cada concepto en su lugar, explayamos en sus proyecciones, reordenar las posibilidades y vislumbrar su viabilidad en la sociedad moderna.

Cabe destacar, que se hace necesario el análisis de las limitaciones, y desde que punto de partida emparentar, o no, este medio de lucha con los objetivos revolucionarios y emancipadores del Comunismo Anárquico.

Breve historia...

El sindicato como concepto organizativo, se deriva de las primeras asociaciones gremiales y guildas de artesanos que podemos rastrear hasta la Edad Media. Sin embargo, es una construcción posterior a la existencia de los gremios y asociaciones laborales y posterior también a la Revolución Industrial, que envuelve como una cáscara identificatoria al gremio como nucleamiento.

La Agronomía, es una estructura inmediata, directa, de miembros ligados por una actividad manual o intelectual en cuanto a profesión se refiere. La Sindicación, es el alineamiento económico-laboral del gremio dentro de una estructura social y económica determinada, en cuanto eslabón de una cadena de producción y consumo, derivada de dicha estructura. Es algo anterior a la teoría económica del marxismo con la consecuente redefinición de las clases sociales y su sistematización teórica, y por ende, a la teoría de lucha de clases.

Esta redefinición que hace Marx, que es tomada por Proudhon y más profundamente por Bakunin, con matices más integrales que el puramente económico, es retomada muy posteriormente por diversos teóricos como Fernand Pelléuter, Georges Sorel, Arturo Labriola, etc... con distintos alcances organizativos y alternativas ideológicas.

Al convertirse paulatinamente las agrupaciones en sindicatos, como consecuencia directa y genérica del paso del artesano al proletariado pre-industrial, producido como reacción instintiva, como respuesta más o menos consciente de los trabajadores al progreso económico burgués, y debido a las consecuencias atomizadoras y pauperizantes que ese progreso imponía al proletariado, unificándolo y resumiéndolo a un ejecutor impersonal y mecánico de la producción (clase social), sobre el que recaía todo el peso del trabajo sin ningún beneficio, el sindicato se transforma en una entidad que **acepta** esa unificación, atomización e impersonalidad, convirtiéndose por el desarrollo de las cosas en la expresión **natural** de la clase que viene a representar en sus intereses (nucleamiento que antes representaba el gremio), en función de que éstos (los trabajadores) se **asumen** a sí mismos como clase y toman conciencia de ello.

Este hecho fundamental, divide en el campo ideológico a teóricos y militantes: el sindicato (no el gremio) es consecuencia directa de la acción global del capitalismo, y como tal, es interdependiente de sus alternativas y progresos.

Lo que significaría que, el sindicato, sin otro planteo que la equiparación de beneficios, tiende a **reformular** las consecuencias derivadas de la acumulación de plusvalía y nada más, es decir, el reparto de ganancias económicas que el trabajador produce para el patrón, no excediendo su acción al campo productivo-económico.

Esta situación, esta naturaleza del sindicato como supraestructura de la vida gremial, se mantiene y recicla hasta nuestros días conforme el capitalismo recicla y renueva sus métodos de producción y explotación del trabajo, convirtiéndolo al mismo (como concepto) en la expresión sintética y acabada de las formas de explotación. Su naturaleza, no puede ser más que reformista (y en muchos casos diríamos que reaccionaria al soliviantar dicho progreso capitalista) independientemente de las formas masivas que ha experimentado y de las alternativas orgánicas e ideológicas que la alimentaron.

Tengamos presente, que precisamente por la observación de estas **entidades** (sindicatos) y de otros sucesos en el mundo del trabajo, surgen las teorías socialistas modernas a mediados del siglo diecinueve, y que la idea de lucha de clases, clases sociales y materialismo histórico, son anteriores al formulamiento ideológico de Marx y contemporáneos.

Del sindicato al Sindicalismo...

La teoría de Lucha de Clases en el contexto del Materialismo Histórico, como motor de la Historia (Marx); el análisis que el mismo hace de la acumulación y apropiación de la plusvalía o diferencia entre el valor del trabajo para producir un producto y el costo final del mismo, como origen del Capital; y el desmenzamiento del proceso histórico por el cual se suceden en el predominio económico, político y social, las distintas clases sociales, ponen indiscutiblemente (a mediados de 1800) al proletariado (clase trabajadora pre y post industrial) en relación a la clase burguesa (dominante a partir de la Revolución Francesa), en la "línea sucesoria" siguiente e inevitable, como conclusión lógica según estas teorías, siendo un hecho culminante en la historia material de la especie humana el necesario y determinado paso del proletariado al trono del poder.

La teoría marxista, crítica y réproba de toda manifestación obrera propia, fundamentaba la imposibilidad revolucionaria del proletariado, al no poseer éste una identidad ideológica y una forma política propias, como tuvieran en su momento la aristocracia y más aún la burguesía al hacerse del poder e imponer su visión global al mundo moderno.

Según él, el proletariado debía una materia pendiente en camino a su emancipación, y ésta era su conformación en un "ente político" (partidos obreros).

Pero, este hecho "concluyente e inevitable", no daba muestras de llevarse a cabo por sí mismo, dado a que en ese mismo desarrollo histórico del materialismo social, descrito por Marx, faltaba el actor fundamental constituido por el individuo consciente, según demuestran Bakunin y sus camaradas: las masas proletarias, con su

conciencia de clase solamente, no eran determinantes a la hora de revolucionar la sociedad y menos aún, de imaginar y crear una sociedad nueva, en la medida de las limitaciones intelectuales que imponía la enajenación subsecuente, (Principio de Autoridad, Temor Religioso, alienación, desconocimiento de las teorías y mecanismos sociales, Legalismo, etc.), contenidas en su sicología cercenada y formación exprofesamente deficiente, y que las ideas de clase y conciencia de clase sostenidas por Marx y aún la idea de partido revolucionario, no solo no resolvían, sino que ni siquiera planteaban como problema en la lucha por la emancipación (más bien, resultaban ser la justificación de dichas ideas y sus conclusiones). Esto traía aparejado por parte del marxismo, el requerimiento de élites iluminadas(vanguardias)que impondrían "su" visión política y económica desde fuera de la clase interesada, contrariamente a lo que el mismo Marx demostraba en sus investigaciones sobre la aristocracia y la burguesía (cada una a través de formas **propias**).

Por ello, se hacía necesario que el proletariado como clase, diera a sus organizaciones **naturales** un carácter universal, y se sirviera de ellas como un **medio** para llevar adelante la revolución social definitiva y qué funciones (si es que las habría) darle a estas organizaciones en la reconstrucción social revolucionaria y post revolucionaria.

Durante la Primera Internacional, entre otras disidencias, se expusieron las diferencias entre Marx y Bakunin en este punto, dado que ambos consideraban a estas organizaciones de muy distinto modo, aunque coincidían en su naturaleza.

El desmoronamiento de la Internacional, y a la vez, el auge de pequeñas asociaciones obreras que le sobrevivieron, provocó en algunos teóricos (mencionados más arriba), la idea del sindicalismo, como una teoría sistematizada que redefiniría esa vieja arma de lucha, generalizándola y otorgándole un peso sin precedentes.

Las organizaciones obreras, los sindicatos, se agruparon alrededor de un gremialismo de oficio primeramente, y conforme evolucionaba la segunda Revolución Industrial, con el advenimiento de la producción en línea en los países más industrializados se crearon las primeras Federaciones de Oficio a nivel geográfico, y luego, los ramos de industria.

La decadencia e impracticabilidad, tanto metódica como ideológica, de la idea marxista de la revolución social por gracia de un partido político obrero, que derivó en el crecimiento de la socialdemocracia, más la evidente conclusión de la imposibilidad material de desarticular por etapas al Estado burgués sin poner en riesgo a la Revolución misma (Kautsky, Pelleuter, Sorel, además de los anarquistas), y la completa distancia entre las teorías anarquista y socialista que ganaba espacio en las discusiones ideológicas sindicales, llevan a Pelleuter primero y casi contemporáneamente, a Sorel después (el primero anarquista y el segundo marxista, ambos franceses), a plantearse la posibilidad de un sindicalismo acorde a las exigencias y aspiraciones de un proletariado organizado.

Nacen tres concepciones opuestas...

La década de 1890, para el anarquismo, implica el alejamiento gradual de la "Propaganda por el Hecho", más específicamente, su desviación terrorista (hubo otra insurreccionalista) y la comprensión de que la influencia ideológica dentro de la clase obrera, podía superar la deficiencia constitutiva, **natural** de los sindicatos, si se lograba articular organizaciones con carácter ideológico para la instrucción e instauración de las fórmulas kropotkinianas, desplazadas del dominio obrero por los propios anarquistas y la tarea organizadora de los socialistas, que tuvieron un rol de peso en la organización de sociedades obreras, no importa hacia dónde las orientaran.

La naturaleza de estas organizaciones generó a su vez, la famosa diferencia entre organizadores y no organizadores (ambos comunistas anárquicos y no como se insiste en propagar, entre éstos y los individualistas).

Paralelamente, hacia 1895, Pelleuter, viendo que el proletariado francés, era en parte ganado por el parlamentarismo, perdiendo los sindicatos su expresión de lucha de clases y que por otro lado, éste quedaba relegado ante el efecto negativo de los terroristas de su época (Francia tuvo, si no el mayor número de estos, sí a los más notorios)más las discusiones posteriores entre los que se negaban a participar en los sindicatos y los que veían en esa participación, un camino revolucionario, toma algunas experiencias del incipiente industrialismo, y las refunde con las viejas experiencias de las secciones proudhonianas y bakuninistas, creando una nueva práctica sindical.

Pelleuter, es considerado por algunos, como el inspirador de lo que se llamó luego, "anarcosindicalismo", para definir la acción de los anarquistas en el campo obrerista.

Esta experiencia, produjo lo que se llamó en décadas posteriores, "Especifismo Anarquista", es decir, la orientación ideológica de los anarquistas, organizados en forma paralela y externa a los sindicatos, aunque sus miembros participaron de aquellos (CNT-FAI, ya en la década del veinte).

Breves años después a Pelleuter, Sorel, sistematiza en un solo cuerpo las experiencias de éste y del italiano Labriola (más ligado ideológicamente a él que el primero), con sus propias teorías en el campo sindical, y dada su ideología, ve en el sindicalismo, la posibilidad de refundar la influencia ideológica que la búsqueda de la "vanguardia política" no pudo cristalizar.

Nace así, con elementos verticalistas del marxismo, y las búsquedas prácticas de contemporáneas experiencias anarquistas en el campo obrero, el "sindicalismo revolucionario".

La reconocida influencia que el anarquista francés, tuvo sobre Sorel y sus nuevas teorías, se tomó como ligazón, y hasta como sinónimo entre ambas teorías sindicalistas, a tal punto que hoy, se cree que "anarcosindicalismo" y "sindicalismo revolucionario" son la misma cosa y no es así.

Es más, del "industrialismo", que fue una respuesta práctica e inmediata puntual, el sindicalismo revolucionario toma la idea de unidad, y la convierte por su concepción autoritaria y dirigista en un órgano corporativo, de tal manera que se asocian ambas, también como la misma: "industrialismo-sindicalismo revolucionario". Y fue realmente al revés, los industrialistas, toman las formas del sindicalismo revolucionario hacia los primeros años del siglo veinte.

Por otro lado, una tercer idea del sindicalismo, nace con raíces ideológicas profundas en el Río de la Plata.

Las características productivas de Latinoamérica, la influencia racial de los países latinos, las nuevas ideas que desembarcaron hacia 1860 (socialistas y anarquistas proudhonianos e individualistas y brevemente después, bakuninistas y

anarco-comunistas en Montevideo primero y en Buenos Aires a continuación), más alguna experiencia directa de una militante peruano-francesa en la comuna de París, de la que sólo los anarquistas hablamos, marcaron a fines del siglo diecinueve para que las discusiones entre organizadores y no organizadores llegaran a un fin, mientras los clubes socialistas de obreros, llenaban con pobres súplicas a los Poderes, el lugar que debía ocupar el proletariado militante y revolucionario.

La idea que germinó, la plantó como sabemos "Pellico" Pellicer Paraire, con el cambio de siglo, quién participó por su origen en las postrimerias de la fundación de la CGT francesa, prácticamente obra de Pelleuter.

Pellicer, más ideológico que Pelleuter, y sabiendo que ambas "tendencias" anarquistas en Argentina, algo de razón tenían, y que a la vez, las mismas, se distanciaban entre sí precisamente por lo que tenían de coincidentes (que los sindicatos eran , además de reformistas por naturaleza, organizaciones que tendían naturalmente a estratificar e institucionalizarse por lo mismo, y jamás podrían ser revolucionarias)tiene un puente entre la ideología y las necesidades dando forma primaria a una particular concepción, el "gremialismo finalista", llamado poco tiempo después, "**sindicalismo finalista**".

Esto que muchos llamaron un "híbrido" entre las concepciones bakuninistas y el gremialismo de oficios, de manera más que respectiva, se tornó con los años en una de las dos expresiones proletarias más radicalizadas en ideología y forma, en el campo obrero...La solución se encontró en un hecho fundamental, síntesis del pensamiento anarquista de la época: las organizaciones no son las revolucionarias, sino los individuos que las animan (Movimiento Obrero Finalista).

Lo que "parece" oro, tiene distinta composición...

Entre las tres tendencias, de las que se derivan aspectos orgánicos posteriores, existen diferencias ideológicas y teóricas profundas.

Con el sindicalismo revolucionario, Sorel, pretendió zanjar las diferencias ideológicas y políticas de los diversos grupos activos, negándole a la organización obrera su carácter reformista, lo que impedía las influencias ideológicas en su seno, imbuyéndolo de un fuerte contenido estructural e institucional por sobre las ideas, y por su presupuesto ideológico marxista (que luego vuelca hacia el nacionalismo) pretende en el sindicato masivo, crear la central "Única", haciendo las veces de partido político, adjudicándole de manera teórica las capacidades y atribuciones que el sindicalismo como teoría y práctica no posee y no puede resolver. Para ello, imagina en las Ramas de Industria, generalizadas y masificadas, controladas por un cuerpo ejecutivo de dirigentes, la estrategia acorde a la teoría de la "Dictadura del Proletariado", ejercida por éste en un momento revolucionario desde sus organizaciones, capaces de expropiar los medios de producción capitalistas, y puestas al servicio de la producción socialista, dado que, por su contacto directo, estarían capacitadas para poner en marcha el aparato productivo expropiado(en realidad son los obreros quienes poseen ese contacto...)

Y como inevitable contenido autoritario de sus ideas, supone que las organizaciones sindicales, como posibles organismos administrativos de la producción, son la estructura revolucionaria y postrevolucionaria ideal, capaz de reemplazar en esos aspectos al Estado burgués, desde los comienzos de la revolución y garantía de su desarrollo. Como el partido revolucionario marxista, es tal por concentrar en su seno las vanguardias dirigentes; y en su existencia permanente a través del Estado Obrero, ejecutor y garantía jerárquica del socialismo en la dirección de la Dictadura, Sorel imagina que, esas mismas vanguardias dirigentes, deben distribuirse en la central obrera y no en el partido, dado que este tipo de sindicalismo desde lo institucional y orgánico, sería " la construcción de la nueva sociedad(órganos administrativos que reemplazan al Estado burgués) en el cascarón de la vieja" convirtiéndose en "revolucionario" por ese mismo hecho. Y ubica en el proceso de huelga general revolucionaria, el paso de de una función a otra (de organización de lucha revolucionaria a organismos administrativos) en el solo hecho de la toma de posesión de los medios de producción. Para ello, como consecuencia, se **emboba** al sindicalismo con un vacío en lo ideológico (supuesta **neutralidad**), y se lo fortalece en lo orgánico e institucional con estructuras férrreas acordes a la ideología autoritaria que las inspira de manera tal, que el funcionamiento de esas estructuras, representen la praxis de dicha ideología, conteniéndola sin expresarla, y desarrollándola sin exponerla. Los dirigentes profesionales del partido, pasarían a ser sindicalistas profesionales. Esto, en el desarrollo posterior del marxismo, en su variante leninista, pone en contradicción momentánea a los partidarios de una y otra práctica: los que consideran al sindicalismo con autonomía para ejercer la dictadura revolucionaria del proletariado, frente a los que continúan negándole esa capacidad sin la dirigencia política del partido, pero que a fin de cuentas se unifican dialécticamente, ya que, como decía Rodolfo González Pacheco: "... donde dos marxistas se encuentran, uno manda!..." los profesionales del sindicato, pasarán de buena gana a estar al servicio del partido y sus dirigentes (no solo del partido marxista en sus variantes, sino también de partidos fascistas como el nacionalista de Mussolini o el justicialista de Perón).

La progresiva burocratización de estas organizaciones, tiene origen y es consecuencia directa de esa supuesta neutralidad en lo ideológico, reforzada por la adjudicación de un valor superlativo a las **estructuras** inamovibles, símiles del aparato estatalista. Esta concepción, se revitalizó con el surgimiento posterior del denominado "anarco-marxismo" tomando partes discursivas de unos con estructuras de otros y formateando cachivaches como la "autogestión" como praxis al margen de un proceso revolucionario e ideológico concreto.

En el anarcosindicalismo en cambio, aceptando momentáneamente la posibilidad de esa mezcla de ideologías y términos totalmente opuestos y considerándolo como la "acción de los anarquistas en los sindicatos", permaneció activo el constante contrapeso ideológico-práctico que significaba la organización obrera en sindicatos(como también la adopción de algunos elementos del sindicalismo revolucionario y del industrialismo ya mixturados desde la fundación de la CGT francesa y la IWW) con la convicción y posición anarquista de que éstos, como consecuencia del desarrollo capitalista, no podían **superar** su calidad de arma de lucha y de medio para lograr un fin. Las características del anarcosindicalismo, fue degenerando en los distintos países donde se experimentó y varió la presencia e influencia de los anarquistas en su seno conforme a sucesos políticos y sociales eventuales. Solo mantuvo fuerza importante en aquellos países con larga data bakuninista derivada de la Primera Internacional, coexistiendo en su seno orgánico, por profundo arraigo (tal vez lo que evitó su completa distorsión) dos conceptos

organizativos distintos: la agrupación por oficios y la agrupación por ramos industriales, conjuntamente al localismo y a la acción ideológica anarquista que planteaba permanentemente el problema del **reformismo** propio del sindicalismo. Si bien, el conjunto orgánico es más próximo al sindicalismo revolucionario, se adoptó la fórmula **finalista** para contrarrestar los mecanismos propios de dicha concepción, evitando el anquilosamiento que el exceso poder y confianza en las estructuras establecidas produjeran en la militancia obrera. Esto permitió la práctica conjunta de dos conceptos dispares, con distinto origen durante las experiencias revolucionarias de España, donde tuvieron oportunidad de ensayarse tanto los localismos comunistas como la administración productiva por parte de los sindicatos.

En cuanto a la tercer tendencia, diremos que se originó en la superación consciente de los problemas prácticos que una parte del anarquismo se planteaba para la acción en el movimiento obrero. Su desarrollo, se opuso constitutivamente a las dos tendencias expuestas, tanto en lo ideológico como en lo práctico.

Basado su **finalismo** en las posiciones profundamente **bakuninistas** con respecto a la organización obrera, construye su organización en torno a conceptos ampliamente reivindicados como prácticos para la ideología anarquista y funcionales a la aplicación de las fórmulas tanto colectivistas como comunistas anárquicas(**federalismo**) donde asienta su objetivo revolucionario y desarrollando un cuerpo orgánico fundado en pactos y acuerdos generales con base gremialista (de oficios), que luego completa adosando a su organización revolucionaria(conjunto federalismo –finalidad) la función sindical como forma de inserción y arma de lucha. Para el "Finalismo", la autonomía de sus organizaciones y la autonomía del movimiento en general con respecto a la sociedad existente, estaba determinada por la **definición** abierta y explícita de sus objetivos revolucionarios(a la manera del "Jura")elemento que acotaría la vida útil de éstas para dar paso a la organización revolucionaria, construcción económica de la sociedad nueva(infraestructura federalista de corte localista comunal en la que debían experimentarse todas las formas de asociación libre). Hasta su definitiva decadencia, sostuvo la inviabilidad de las estructuras sindicales como aptas para la reconstrucción revolucionaria en lo práctico, y se alejó de las mixturas teóricas y los términos confusos en lo ideológico (sindicalismo revolucionario-anarcosindicalismo). De la primera posición, sostuvo siempre que eran los **individuos** y sus voluntades los motores de los cambios revolucionarios, que el sindicato y luego el sindicalismo, nacían con un fatalismo reformista, que pese a su necesidad, no debían sobrevivir al hecho revolucionario de la destrucción del capitalismo, y que jamás podría su confianza y menos aún, su ideología, al servicio de recetas milagrosas, sabiendo perfectamente que **toda** estructura genera mecanismos de **supervivencia** a la hora de su destrucción, y que permitir la existencia de cualquier institución(función) nacida al calor del capitalismo y el principio de autoridad, **recrearía** las condiciones de explotación política y económica que se querían destruir. Con respecto a la segunda, sostuvo que los **términos**, se derivan de principios y consecuencias ideológicas, y que el anarquismo, surgió como ideología y prácticas **antagónicas** a la burguesía y por consecuencia al concepto de sindicalismo como consecuencia de ésta, conforme a objetivos y naturalezas diferentes y en cuanto respuestas determinadas por el medio ambiente, jamás podrían fusionarse. Que la práctica anarquista era la práctica revolucionaria en cualquier lugar que se encuentre y en relación al movimiento obrero, no debía permanecer fuera , al margen o paralelamente a su desarrollo, sino insertarse en éstos negando toda desviación y acción especificista (FACA,FAI). No desestimó jamás las posibilidades del industrialismo como medio de lucha, siempre y cuando no viniesen acompañadas o mimetizadas con elementos ideológicos o funcionales del sindicalismo revolucionario, uno de los principales contrincantes en la disidencia finalista. Esto no le desestimó problemas, muy al contrario, enfrentó con desiguales fuerzas y posibilidades los embates de los distintos sectores del pensamiento, incluso coideológicos. Nace y se desarrolla como fruto **ideológico** del sentimiento anarquista para la respuesta y organización del proletariado, y en esa coherencia que muchos llamaron sectarismo, encontró las bases para permanecer intacto en el tiempo como experiencia aunque de ello resultara su completa aniquilación. Se negó a asimilarse a los cambios productivos del capitalismo, en virtud de considerar a tales cambios, no como "**progresos**", sino como reestructuraciones materiales de las formas de explotación, a las que la acción revolucionaria debía **oponerseles**, ya que a reestructuraciones económicas del capital burgués, le corresponden similares reestructuraciones políticas del poder Estatal, agigantando las capacidades represivas y explotadoras del sistema imperante retrasando su derrocamiento.

Pese a esto, pudo y debió resolver cuestiones que quedaron en problemáticas insoluciones, como fue desatender la inspiración de organizaciones de profesiones independientes(médicos, ingenieros, científicos, técnicos etc.) que apoyaran con su acción ideológica, solidaria y e intelectual al obra revolucionaria a la que el proletariado se había abocado como vanguardia con tanta pasión y sacrificios; o la aplicación de organizaciones mixtas, que no alterarían su original propuesta orgánica, separándolas de contenidos ideológicos ajenos, como alguna utilidad de las ramas de industria a nivel local, dependientes de las Federaciones Locales y/o Provinciales, facultándolas para actuar de una u otra forma de acuerdo a las necesidades; haciéndolas funcionales a las organizaciones de oficios(como una atribución de éstas) y no al revés, como pretendían industrialistas, sindicalistas revolucionarios y anarcobolcheviques, cosa que no se vislumbró como medio de lucha, dado el asedio ideológico que estas tendencias representaban y que las tornaban dificultosamente aplicables, pero sí como funcionamiento **postrevolucionario** de las Federaciones Locales, desaparecidas las sociedades obreras y organizados los obreros libremente. Las Federaciones Locales, Comarcas y Provinciales planteaban conflictos de incidencia **geográfica** (zonales), en la que estaban incluidos múltiples oficios, lo que llevó a considerar a la Federación de Oficios Símiles, que era la organización de aquellos oficios interdependientes e integrados a una actividad productiva común, juntamente con las Federaciones de Oficios (específicos de cada localidad) como un sucedáneo del industrialismo con incidencia geográfica particular(el industrialismo ya organizado en sindicalismo revolucionario planteaba la acción a nivel nacional e internacional a través de una estructura **uniforme** para cada rama centralizada, cosa que se hizo aún más inaplicable y solo quedó en una declaración de intenciones).

De hecho, en muchos conflictos generalizados, sin necesidad de una organicidad preestablecida, los distintos gremios de oficio, respondieron como un **solo cuerpo** excediendo muchas veces su influencia geográfica natural (huelgas y conflictos solidarios, boicots, "labeles" y sabotajes), no debido a consignas centralistas de dirigentes u obediencia a estructuras verticalistas, sino como una muestra de conciencia de clase y solidaridad revolucionarias.

Cristian Vivas Paiva.

Criminales

¿Qué queda por esclarecer?

Leo algunas páginas del libro La revolución Desconocida, de Volin, compañero anarquista que vivió la revolución rusa de 1917 en primera persona y en diferentes lugares. Cuenta que en la región liberada de Guliy-Polie, Ucrania, se reunió un congreso de campesinos, obreros y guerrilleros para continuar la acción revolucionaria del pueblo. De inmediato, el poder bolchevique central declaró ilegal y contrarrevolucionario dicho congreso. El congreso repudió la intrusión del gobierno central y los organizadores del congreso enviaron una respuesta demoleadora desnudando los intereses políticos del Estado bolchevique. En ese momento, el ejército insurreccional majnoista y el pueblo ucraniano contenían el avance de las tropas del General Deñikin, partidario este de restablecer el orden del Estado monárquico. El hecho político que pretendían establecer los bolcheviques en el gobierno soviético era que el pueblo y su organización, por fuera del gobierno central, y el Estado, que debía dirigir los nuevos destinos del pueblo, no podían coexistir. Es más, si el pueblo continuaba por el camino insurreccional y auto-organizado, y continuaba haciendo sus propias victorias frente a los poderosos enemigos que se le enfrentaban, pronto los pueblos sometidos por el nuevo Estado obrero continuarían la acción revolucionaria comenzada antes de octubre del 17 y que fue usurpada por los bolcheviques ya cuando las diversas organizaciones habían consumado los movimientos fundamentales. De hecho, el mismo León Trotsky, "el revolucionario sin fronteras" como no tienen asco en llamarlo, afirmaba preferir tener que lidiar con el bando del General Deñikin cediéndole toda Ucrania antes que permitir la expansión del movimiento majnoista. Es que podía fácilmente entrarles a las estructuras estatales que imponía Deñikin, a través de su famoso entrismo y la propaganda de clase. Esto es sólo el comienzo, es sólo una punta de lo que fue la política bolchevique, de lo que es la política, y de lo que fue León Trotsky, no sólo como sujeto, sino como pensamiento y obra.

En mayo de 1919, Deñikin preparaba una ofensiva sobre Ucrania desde el sudeste. En vistas de que también tenían un nuevo frente hostil en el norte, el de los bolcheviques, el Consejo Revolucionario militar de Guliy-Polie llamó a un nuevo congreso para resolver de qué forma hacerle frente a la situación. Enterado de este llamado, Trotsky emitió una orden, la N° 1824, donde preparaba el terreno para la acción política que iba a realizar a continuación y ordenaba a sus comisarios y ejecutores arbitrar la prohibición del congreso, advirtiendo que la participación de alguna forma en el congreso sería considerada alta traición, quedando a disposición de los tribunales militares todos los delegados al congreso y todos los que hicieran difusión dentro de las filas de su ejército rojo. Ser acusado de alta traición por Trotsky era igual a fusilamiento sumario. Esta orden fue cumplida y quienes siquiera portaban el llamado al congreso o se proponían discutirlo fueron ejecutados de inmediato. A esta primera orden le siguieron otras y escritos difamatorios buscando acabar con el movimiento insurreccional campesino. De hecho, la acción política emprendida fue la de negar y cortar todo suministro de munición y armamento a los guerrilleros majnoistas, a fin de demostrar que Majno le abría el frente a Deñikin. Otra vez, quines abrieron el frente fueron los bolcheviques y permitieron el paso a las tropas de Deñikin. Por otro lado, el ejército rojo avanzaba sobre las poblaciones, reprimiendo a fuerza de persecución, cárcel y fusilamiento la auto-organización del pueblo. El congreso no pudo celebrarse. Lo que siguió del drama del pueblo ucraniano y de los guerrilleros majnoistas fue sólo posible por la carnicería desatada por el ejército rojo bajo órdenes expresas de León Trotsky y la encarnizada resistencia que le opusieron los guerrilleros, en su mayoría anarquistas, hasta que fueron masacrados. Los que sobrevivieron, apenas pudieron hacer escuchar su voz y el mundo, estúpido, político y cómplice, se negó a escuchar, levantando en andas a Lenin, a Trotsky.

Al mismo tiempo, Trotsky se encargaba de acabar con la rebelión de Cronstadt. Varios de los mismos partidarios del comunismo bolchevique con sede en la base de Cronstadt, abandonaron el partido debido que no podían permanecer en la misma organización que "el verdugo Trotsky", ese que difundía miserables mentiras y mandaba a bombardear obreros. Una de las proclamas decía: "Visto que en respuesta a la proposición de los camaradas de Cronstadt de recibir una delegación de Petrogrado, Trotsky ha despachado un avión cargado de bombas que fueron lanzadas sobre mujeres y niños inocentes; visto que por doquiera prosiguen los tiroteos contra honestos trabajadores, nosotros, comunistas de la base del equipo eléctrico de la 31 región, profundamente indignados por los actos de Trotsky y sus acólitos y por sus proceder de bestias feroces, abandonamos el partido comunista y nos unimos a todos los obreros en la lucha común por la emancipación de los trabajadores. Queremos que se nos considere como sin partido".

Miro con asco los escaparates de las librerías que, entre otras cosas, hoy por hoy venden las reediciones de sus escritos y estudios sobre su pensamiento. Sólo ver el perfil de Trotsky es repugnante.

¿Cómo es posible que haya alguien que se haya tragado la sentencia de Trotsky sobre Stalin, al decir que éste traicionó a la revolución? Es inverosímil que todos estos estudiosos de su obra no reconozcan una traición más estratégica a la revolución que la de Trotsky.

Es inverosímil, y lo podría llegar a decir con una primera disculpa con los militantes de esos partidos, que partidos políticos que se dicen seguidores de su pensamiento, es decir, de sus métodos y estrategias, planten sus banderas vacías de contenido y llenas de siglas frente a las manifestaciones que repudian el accionar represivo del Estado.

¿Qué pensarán los familiares, los amigos de los tres muchachos asesinados en Bariloche por el Estado y la policía sobre esas banderas que preceden las manifestaciones en solidaridad? Si supieran de los inspiradores, tal vez al próximo que pronuncie ese latiguillo ligero de "muertos por el gatillo fácil" lo cortarán en seco y le dirán que no fueron fusilados sólo por un hombre, que fue toda la institución, el Estado, la sociedad y la historia. Y que no queremos juicio y castigo. Tenemos hambre, de otra cosa.

P. T.

Puebladas

Diego Bonnefoi, Nicolás Carrasco y Sergio Cárdenas fueron muertos en Bariloche, por la policía, en junio pasado. Diego en una razzia habitual como en cualquier barrio pobre, de un tiro por la espalda. Nicolás y Sergio durante las manifestaciones en repudio. Muertos por la policía. Muertos por el Estado, que utiliza esta variante activa de terror que selecciona a los jóvenes pobres para bajar una línea de comando sobre la población. No se trata de una excepción a la regla del buen vivir cívico: según CORREPI, el estado argentino ha asesinado, con el llamado "gatillo fácil" o por tortura en cárceles y comisarias a 2950 personas desde diciembre de 1983, a un promedio, en el último año, de una por día, en su mayoría jóvenes entre 14 y 24 años. Este es un número, y esta aquel otro, incalculable, el que permite el accionar legal del Estado, las muertes que se ajustan al "derecho" que tiene la policía de matar, producto de un mandato jurídico que inmola la vida a los privilegios de la propiedad privada; la naturaleza del Estado. Contra esto, la respuesta colectiva se está haciendo presente, como en Bariloche, en Saliqueló, en Catamarca y en tantas otras partes.

Que pasa con ese color cobrizo que quieren inyectar. Que pasa con el rosa brillante. La juventud en la foto, la propaganda, chiclosa, cobriza.

No son sus colores, son sus formas. Que pasa con sus formas que quieren mantener las heridas, abrirlas, engequecer los sentidos con lo inaudito.

Ay, que linda puntilla, que blanco su color, como aparenta ser cima del amor, y en ese gesto producido, como se burla del dolor.

Ante la gelatina viviente me pongo en pie de guerra.

Ante la juventud desinteresada de la revolución me pongo en pie de guerra.

Soy sucia, mal viviente ante la Ley.

Mi color es gris oscuro. Como la sombra que genera el fuego. Que si no hay amor, no hay amor. Pero no embadurno esta tristeza.

Que sí. Hubo compañeros dando toda su vida. Encarcelados, perseguidos.

Que si hubo los hay.

Que pasa con este mundo por delante que no me llevo. Que esta firmeza quiere ser hoy, no mañana.

M. V.

LA PROTESTA

CAPITAL FEDERAL

Kioscos y Librerías:

Kiosco Av. Corrientes 1320.
Antígona Liberante, Corrientes 1555.
Kiosco Av. Corrientes y Callao.
Chacarita: Federico Lacroze 4169.
Kiosco frente Colegio Nacional Bs. As.
Kiosco Av. Callao 15.
Kiosco Av. de Mayo 828.

Estaciones de Subterráneos

Línea A:

Sáenz Peña, andén sur.
Est. Lima, andén a Pza. de Mayo.
Est. Congreso, andén a Carabobo.
Estación Miserere. Ambos andenes.

Línea B:

Est. L. N. Alem.
Est. Pueyrredón, andén norte.
Est. Dorrego, andén a L. N. Alem.
Est. Callao, andén a Lacroze.

Línea C:

Constitución, andén central.
Est. Av. de Mayo, andén a Retiro.
Estación Retiro.

Línea D:

F. de Medicina, andén a Palermo.
Scalabrini Ortiz, andén a Catedral.
Carranza, andén a Catedral.

Línea E:

Independencia.

Estaciones de Ferrocarril

Ferrocarril D. F. Sarmiento:

Flores: andén Norte. Ciudadela.
Est. Liniers, kiosco Rubén y kiosco Rojo, en andén central.
Est. Ciudadela.
Est. Morán, kiosco Tito, andén sur.

Ferrocarril G. Urquiza:

F. Lacroze.

Ferrocarril B. Mitre:

Retiro: hall central, entrada andenes 4 y 5.

Ferrocarril Roca:

Hall Central.
Kioscos andenes 11 y 12.

Kiosco Lima 1110.
Kiosco Lima 1180, kiosco punk.

GRAN BUENOS AIRES

Avellaneda:

El Aleph, Alsina 20.

Wilde:

Ficciones, Las Flores 87.
El Aleph, Las Flores y Mariano Moreno.

Quilmes:

El Aleph.

Berazategui:

El Aleph.
Kiosco Félix, Estación FF. CC. Roca, sobre calle Lisandro de la Torre.

Lanús:

Kiosco Mario, lado Este de la estación entre las salidas de los túneles.
Kiosco Rex, Ituzaingó 1067.

Est. Temperley:

Kiosco Manolo, andén 1, de mañana.

Lomas de Zamora:

Kiosco Fonrouge y paso a nivel.

La Plata:

El Aleph, calle 49 n° 540.
Kiosco esquina 6 y 50.
Librería de la Campana, calle 7 entre 59 y 60.

Cordoba:

Librería El Espejo.

Bahía Blanca:

Librería KLAS, Brown 426.
Kiosco de Colón 99.
Kiosco de Av. Alem 1161.